

María Zambrano: notas sobre *Filosofía y poesía* y su huella en Cuba

I

Aunque a lo largo de su libro María Zambrano explora las diferencias esenciales entre filosofía y poesía, en su ensayo primero, «Pensamiento y poesía», las ve como mitades reconciliables y complementarias del ser humano, como esas mitades platónicas, ávidas (y la palabra *avidez* es importante en su léxico filosófico) de encontrarse en la trascendencia del logro de la unidad del *ser*.

«No se encuentra el hombre entero en la filosofía; no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía. En la poesía encontramos directamente al hombre concreto, individual. En la filosofía al hombre en su historia universal, en su querer ser. La poesía es encuentro, don, hallazgo por gracia. La filosofía busca, requerimiento guiado por un método.» (Zamb., 1987: 13)

En ambas, filosofía y poesía, el impacto inicial es la admiración. Aristóteles, en la *Metafísica*, señala que el pensamiento nace de la admiración. Pero ella es también la fuente de la poesía. La «cosa misma» se «imprime interiormente» y resulta en éxtasis, mas las reacciones se bifurcan: Zambrano dice cómo es el «conflicto originario de la filosofía: el ser primeramente pasmo extático entre las cosas y el violentarse enseguida para librarse de ellas» (Zamb., 1987: 16). En esta violencia, la filosofía se lanza a la interrogación, a la búsqueda, a la trascendencia de lo aparente para apresar el ser, la esencia, precisando límites. La poesía, también admirativa de la «cosa misma», se sume en el sentimiento de las apariencias, confunde los límites, trasciende sólo a explorar lo aparential: «El filósofo desdeña las apariencias porque sabe que son perecederas. El poeta también lo sabe, y por eso se aferra a ellas...» (Zamb., 1987: 38)

Marta Eugenia Rodríguez Gómez

El planteamiento filosófico de María Zambrano es eminentemente idealista y parte de una inmensa deuda intelectual, primero con Platón y, luego, con la convergencia que se estableciera entre sus ideas y las avanzadas por la patrística. En el principio es el Misterio. Un Misterio que anida en la «memoria ancestral» de todos los seres humanos (... «Desde la zona olvidada de nuestra alma, desde esa memoria ancestral que yace en el olvido.» [Equil., 1987: 92]). A la aprehensión del Misterio, el poder trascender hasta el Ser, se llega sólo «más allá de la muerte»: en el platonismo, «por la contemplación», y en el cristianismo, «por la redención». Pero el impulso de búsqueda es el mismo. La «época moderna», la era de la razón, coloca la aprehensión del Misterio «más acá de la muerte», volcando el impulso de búsqueda en los límites del ser individual, cuando el hombre siente no sólo que ha sido creado «a imagen de Dios» sino que, como Dios, es «libre y creador». La razón se hace religión —dice Zambrano—, y señala: «En Hegel, la razón, al otro extremo de Platón, hace también teología.» (Zamb., 1987: 77-78)

Es interesante comparar —en este punto— la evolución filosófica descrita por Zambrano y la que apunta Hilde Hein. A lo que la primera llama época de «la autonomía de la persona humana», de la limitación del horizonte propio a la búsqueda, a causa de la terrenalidad, Hein llama época en que se «domestica» la espiritualidad.

María Zambrano marca esta época de racionalidad, de espiritualidad «domesticada» con el signo de la *angustia*. «Tópico de hoy es la angustia, como el origen de la filosofía y de la poesía, que quedan sin posible diferenciación, sin que por ello se fundan.» (Zamb., 1987: 49). La vida fluye, es «transfusión, transformación», y su signo es la angustia. De esta pasión moderna sólo es posible «salvar el alma» por una recuperación de la filosofía platónica enriquecida. Y Zambrano postula «agrandar la razón, ensancharla» (Zamb., 1990) para ser algo capaces de acercarnos al Misterio: «Mas la sola poesía no alcanza a lo divino, que la filosofía logra en sus instantes supremos, cuando está a punto de negarse a sí misma despojándose de su ser que es la razón.» (Zamb., 1987: 50-51)

Son la filosofía y la poesía, originadas en el «pasmó extático» y en la angustia, las únicas fuentes de conocimiento dotadas, en realidad, de *visión*. Para María Zambrano, a veces los límites entre ambas se difuminan, porque la visión es la única vía para «salvar el alma» y, por ende, alcanzar la libertad. Pero las formas de visión son esencialmente diferentes. «... la filosofía más pura se ha desenvuelto en el espacio trazado por una metáfora, la de la visión y la luz inteligible.» (Equil., 1987: 3). Platón es metafórico, visionario, pero atrapa la luz porque la cree *inteligible*.

No es posible, según Zambrano, alcanzar la libertad con los instrumentos de la pura razón, aquéllos que generan la angustia moderna. La angustia sólo conduce al «principio de voluntad», a la acción y a la constitución de sistemas. «... Parece existir una correlación profunda entre angustia y sistema como si el sistema fuera la forma de la angustia al querer salir de sí, la forma que adopta un sentimiento angustiado al querer afirmarse y establecerse sobre todo. Último y decisivo esfuerzo de un ser náufrago en la nada que sólo cuenta

consigo. Y como no ha tenido nada a qué agarrarse, como solamente consigo mismo contaba se dedicó a construir, a edificar algo cerrado, absoluto, resistente. El sistema es lo único que ofrece seguridad al angustiado, castillo de razones, muralla cerrada de pensamientos invulnerables frente al vacío (...) Y así el sistema es la forma de la angustia y la forma del poder. La forma de la comunicación de la soledad obstinada». (Zamb., 1987: 87-88)

La época moderna, pues, es en sus ojos la época en que se tiene a los pies el vacío, la nada, por el señorío de la Razón y la Angustia. La acción que puede «salvar el alma», llevarla a la «libertad», sólo puede ser emprendida por la filosofía y por la poesía, capaces ambas de «rescatar la identidad del yo, del *alguien* en peligro de naufragio en la multiplicidad de los instantes, de la vida que fluye.» (Equil., 1987: 18-19)

Mas esta acción no puede circunscribirse al «principio de la voluntad», tendría que ser considerada a partir de la *visión* que, además, varía en su naturaleza si se aquilata como visión poética o visión filosófica.

La filosofía, «éxtasis fracasado por el desgarramiento» (Zamb., 1987: 16), se dirige hacia «el ser oculto», su logos es «inmóvil, no desciende y sólo es asequible a quien puede alcanzarlo por sus pasos» (Zamb., 1987: 23), lo que la hace «soberbia». El filósofo encuentra «por sí el ser y su ser» (Zamb., 1987: 41), quiere «poseer la palabra, convertirse en su dueño» (Zamb., 1987: 42), se desprende del «origen para captar mejor las cosas» (Zamb., 1987: 113), sigue un método. La filosofía es «desesperanzada».

La poesía, de raíz de sueño, queda engarzada en las apariencias, su logos es «de consumo inmediato, cotidiano», «se presta a ser devorado, consumido» (Zamb., 1987: 23), lo que la hace «humilde». El poeta recibe por «donación, por gracia» (Zamb., 1987: 41), «vive prendado a la palabra; es su esclavo» (Zamb., 1987: 42), no puede desprenderse del origen ni del fundamento, es «ametódica». La poesía, como la religión, es una «forma de la esperanza».

Zambrano, tras las huellas de Platón, juzga la poesía inmoral porque está «fuera de la justicia», y Justicia —junto con Verdad— son las bases de la sociedad perfecta. Enfrenta, entonces, Filosofía a la vibrantemente inmoral Poesía:

<i>Filosofía</i>	se enfrenta (n)	<i>Poesía</i>
A la «unidad descubierta por el pensamiento»	‘	«la dispersión»
«Al ser»	‘	«las apariencias»
«A la razón y la ley»	‘	«la fuerza irresistible de las pasiones; el frenesí»
«Al logos»	‘	«el hablar delirante»
«A la vigilancia de la razón, al cuidado del filósofo»	‘	«la embriaguez perenne»
«A lo temporal»	‘	«lo que se realiza y desrealiza en el tiempo»
		(Zamb., 1987: 45)

Son dos visiones, animadas por el amor —al que el platonismo da «categoría social e intelectual»— que se confunden en un anhelo semejante de «unidad», de devenir todo, de «trascender». Es el amor quien «salva el alma» para acercarla al Ser, al Misterio: «El amor se ha salvado por su ‘idea’, es decir, por su unidad. Se ha salvado porque partiendo de la ‘dispersión’ de la carne lleva a la unidad del conocimiento, porque su ímpetu irracional es divino ya que hacia lo divino asciende. La idea primera que del amor se crea es ya mística. (...) Gracias a esta salvación del amor, ha podido existir la poesía dentro de la cultura ascética del cristianismo.» (Zamb., 1987: 68)

La libertad significaría, luego de la salvación, llegar al Ser, traspasar la apariencia, *conocer* el Misterio. La filosofía y la poesía, por sus caminos tan divergentes, tan opuestos, son las que permiten al ser humano avizorar esa liberación, porque en sus manifestaciones primeras, y en las últimas, trascendentales, sus logos —palabra y razón o palabra e irracionalidad— se fusionan con el Misterio o con su poderosa intuición. Sería dado, entonces, conocer la *gracia*, «*caritas, jaries*».

Hein invierte los términos: la espiritualidad ha de re-definirse por la condición de la libertad. Pero sugiere que «el espíritu se defina como una fuente activa, generadora y generosa —su materialidad es irrelevante— cuya plenitud es el ejercicio de la libertad.» (Hein, 1984: 308-309).

María Zambrano, desde Platón —y el neoplatonismo de la Edad Media y del Renacimiento, Ficino, Pico della Mirandola—, desde su acendrad cristianismo español —malagueña por el encuentro significativo de su madre andaluza «desde hace quinientos años» con su padre extremeño «desde hace cuatrocientos años»— explica la angustia de la historia moderna en íntima relación con la absolutización de la Razón y el alejamiento de la búsqueda del Ser. Al hacerlo, vuelve a los orígenes de la filosofía y de la poesía, al «pasmó extático» que propulsará reacciones tan diferentes, pero —al fin— reacciones de espiritualidad. Sólo el espíritu y la gracia pueden liberar al hombre y llevarlo, en el caso de la filosofía, al «conocimiento de la unidad» y, en el caso de la poesía, a su gozosa «dispersión» en ella. En ambos casos, para María Zambrano, se trata de una cara de la Divinidad.

Filósofa y poeta, logra reconciliar en su pensar lo racional y lo irracional, la razón y la pasión, en la más asombrosa y paradójica dialéctica cristiana.

II

En la segunda mitad de la década del cuarenta, en su condición vagarosa de exiliada, María Zambrano reside en Cuba. Allí siente latir su «memoria ancestral» y define a Cuba, emocionada, como su «patria pre-natal». Los afines se atraen, y a menudo se encuentran: su actividad intelectual la llevó a frecuentar a los poetas del grupo «Orígenes» y a colaborar con cierta asiduidad en su revista. Ya los poetas de este grupo habían recibido la influencia proveniente de las lecturas de Ortega y Gasset y en María Zambrano veían la emisaria creadora del maestro madrileño. Ella los ve, cautivada, como artesanos artísticos en la función de «salvar el alma»; ellos la ven, deslumbrados,

como la que llega y les revela la naturaleza de su anhelo de trascendencia. «Es en Cintio Vitier, Eliseo Diego, Octavio Smith, Fina García Marruz, donde de modo en cada uno diferente vemos a la poesía cumplir una función que diríamos de ‘salvar el alma’. No parece ninguno de ellos detenerse en la poesía como en su modo de ser, quiero decir, que siendo poetas, no aparecen decididos o detenidos en serlo. Y en Fina García Marruz yo diría que ‘por añadidura’. Ella es quien testimonia de modo más nítido esta actitud, no frente a la poesía, sino frente a la vida. Y como todo lo que se obtiene ‘por añadidura’, puede en un instante cesar o desplegarse en una verdadera grandeza sin mácula. (...) Fina García Marruz, recogida, envuelta en su propia alma, realiza esa hazaña que es escribir sin romper el silencio, la quietud profunda del ser.» (Equil., 1987: 54)

La mujer filósofa advierte a la mujer poeta. Y, para hacerlo, utiliza el término *por añadidura*, significativo también en su personal léxico filosófico. Ya en *Filosofía y poesía* lo define: «El poeta no quiere ser si algo sobre él no es. Algo sobre él, que le domine, sin lucha; que le venza, sin humillación, que le abra-se sin aniquilarle.» (Zamb., 1987: 94). María Zambrano devela la naturaleza poética y vital de Fina García Marruz.

Todos los poetas de «Orígenes» en este tiempo se aíslan del proceso descrito por Ortega y Gasset como «deshumanización de las masas», pero aquellos especialmente mencionados en el lúcido comentario de María Zambrano son los que personalmente reivindican que «vivir es convivir», algo que, como apunta Zambrano, está en el trasmundo de la idea orteguiana. «Vivir es convivir» conduciría, sin mucho esfuerzo, a la *caridad*, otra palabra de la gracia. Son estos poetas, y Fina García Marruz «por añadidura», quienes con más profundidad y lealtad «vivirán y convivirán».

No puede negarse la influencia que la filósofa, de «ojos tan resplandecientes como su apasionado corazón» (Equil., 1987: VII), tuvo sobre los entonces jóvenes —y ocultos— poetas cubanos. Creo que no es posible estudiar su momento poético sin incursionar en la obra de la joven filósofa. Pienso que, especialmente, en el caso de Fina García Marruz.

La poeta retoma la tradición tomista en que «la forma es trascendente con respecto al contenido». «Entre el contenido y la forma, indisolublemente unidos, estará la *palabra mediadora*, es decir, el misterio de la encarnación (...) La palabra es la mediadora entre lo visible y lo invisible, entre la idea y la forma. (...) Por eso, en la palabra poética está contenida la posibilidad de acceder a la *visión*, que es el conocimiento poético por excelencia.» (Arcos, 1990: 137). La poesía, como para Zambrano la filosofía, es visión. En su ensayo «Hablar de la poesía» (1970) afirma: «La poesía no estaba para mí en lo nuevo desconocido, sino en una dimensión nueva de lo conocido, o acaso, en una dimensión desconocida de lo evidente. Entonces trataba de reconstruir, a partir de aquella oscuridad, el trasluz entrevisto, anunciador.» Para la poeta, las cosas todas son, en sí mismas, símbolos, y sólo es posible una labor de revelación, de manifestación por la poesía, ya que Creación sólo es una. Zambrano también reconoce como última instancia la Idea (el Ser o el Misterio), y para ella

la palabra introduce, en su incesante continuidad, discontinuidad: «Por eso libra del tiempo». (Equil., 1987: 12-13)

El grado de coincidencias en ambos pensamientos es alto: la auténtica creación como «desprendimiento de una 'mirada' (F. G. Marruz, 1946: 42); el amor que se divide «en un *eros* personal, entrañable, y en un *eros* de la mirada» (Zamb., 1967: 248-249), expresión el primero de la poesía y el segundo de la filosofía.

La angustia, la visión, la mirada, el agónico padecimiento de la historia, las palabras en el tiempo, la salvación del alma, la memoria ancestral, el anhelo de la efectiva trascendencia, la caridad, la libertad, son estaciones por las que transcurren, gemelas, estas dos sensibilidades de mujer: ambas filósofas, ambas poetas.

*Si mis poemas todos se perdiesen
la pequeña verdad que en ellos brilla
permanecería igual en alguna piedra gris
junto al agua, o en una verde yerba.*

*Si los poemas todos se perdiesen
el fuego seguiría nombrándolos sin fin
limpios de toda escoria, y la eterna poesía
volvería bramando otra vez, con las albas.*

Fina García Marruz



Initipi. (1995)